

10 expertos analizan el fenómeno Trump y explican su ideología política

No, no te equivoques,

TRUMP



NO es LIBERAL

**Por qué Trump es
populista, proteccionista, machista, autoritario
y nacionalista, pero en ningún caso liberal**

JOHN MÜLLER Coordinador

Con la colaboración de

LORENZO BERNALDO DE QUIRÓS • JUAN RAMÓN RALLO
LUIS TORRAS • JORGE DEZCALLAR • IAN VÁSQUEZ • MARÍA BLANCO
MARÍA GÓMEZ • TONI ROLDÁN • AURORA NACARINO-BRABO

DEUSTO

No, no te equivoques, Trump no es liberal

Por qué Trump es populista, proteccionista,
machista, autoritario y nacionalista,
pero en ningún caso liberal

JOHN MÜLLER (Coordinador)



EDICIONES DEUSTO

© 2017 John Freddy Müller (coordinador)

© Centro Libros PAPP, S.L.U., 2017

Deusto es un sello editorial de Centro Libros PAPP, S. L. U.

Grupo Planeta

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-2869-4

Depósito legal: B. 13.865-2017

Primera edición: junio de 2017

Preimpresión: gama sl

Impreso por Black Print

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Introducción	9
Capítulo 1	
Mr. Trump o la democracia «iliberal»,	
<i>Lorenzo Bernaldo de Quirós</i>	19
La tradición liberal norteamericana	21
El «Gadiana» del populismo norteamericano.....	26
El populismo <i>trumpista</i> contra el liberalismo.....	30
Las bases doctrinales del <i>trumpismo</i>	33
Las notas totalitarias del <i>trumpismo</i>	38
Epílogo para escépticos esperanzados.....	42
Capítulo 2	
El nacionalismo económico de Trump:	
el comercio como enemigo, Juan Ramón Rallo	45
Donald Trump, un nacionalista.....	47
México y China, ¿culpables?.....	48
Guerras comerciales, ¿en favor de las clases medias?..	50
Pero ¿sus propuestas fiscales no son liberales?	53
Capítulo 3	
La creciente fragilidad de la separación de poderes	
en Estados Unidos, Luis Torras	61
El sistema liberal y el autoritario	67
Wilson y Roosevelt: dos malos precedentes.....	69
La acción ejecutiva como síntoma	73

Capítulo 4

Política exterior y de defensa: la imprevisibilidad como eje,

<i>Jorge Dezcallar de Mazarredo. Exembajador de España ..</i>	79
El contraste de dos tomas de posesión	81
Los republicanos, un partido roto	84
La menguante influencia de Bannon	85
Choques con el <i>staff</i> del Departamento de Estado	87
La nueva doctrina nuclear de Trump	90
¿Cuál es el número de teléfono de Europa?	91
Un mal estreno también con China	94
Retroceso de la influencia de Estados Unidos en el Pacífico.	97
El delicado equilibrio iraní	100
La cuestión palestino-israelí	103
Los problemas globales	104

Capítulo 5

Las falacias culturales, políticas y económicas

de Trump contra la inmigración, <i>Ian Vásquez</i>	109
Argumentos falaces	110
Argumentos económicos	114
La criminalidad y el terrorismo	117
Las propuestas de Trump	119
Dos visiones encontradas	125

Capítulo 6

Las mujeres de Trump, <i>María Blanco</i>	127
Trump, el irrespetuoso	128
Las mujeres de su familia	131
Ivanka, la influyente mediadora	133
Las mujeres en su entorno laboral	135
Las mujeres de su Gobierno	138
El fracaso del activismo contra Trump	143

Capítulo 7

La América que votó a Trump, María Gómez Agustín	147
La sociología cultural del <i>trumpismo</i> : cambios en la estructura de clases	150
¿Es la economía... estúpido?	154
Religión y votos: sin novedad en la superficie... pero hay movimientos tectónicos	158
Desigualdad de renta y el voto a Trump	162
El mito de la «depauperización» de los norteamericanos por debajo de la renta media	165
El votante de Trump: hombre, de cuarenta y cinco años, blanco no hispano y sin titulación universitaria . . .	168
¿Cambio estructural o coyuntural?	173

Capítulo 8

Trump y el capitalismo de amiguetes,

<i>Toni Roldán Monés</i>	177
El liberalismo como lucha contra los privilegios	178
El capitalismo de amiguetes	181
Trump, un <i>insider</i> contra el mercado	185
Política intervencionista	187

Capítulo 9

Trump y los medios: una historia de amor y odio,

<i>Aurora Nacarino-Brabo</i>	191
Conflicto	194
Respeto	197
Resistencia al poder	198
Progreso	200
El producto Trump	202

Mr. Trump o la democracia «iliberal»

Lorenzo Bernaldo de Quirós

Antes de abordar el tema de este breve ensayo es fundamental precisar qué se entiende por liberalismo. Ésta es una aclaración básica, no una prescindible elucubración erudita, ya que del alcance y del significado que se dé a ese vocablo depende de manera directa la evaluación del proyecto político que se pretende analizar, en este caso, el encarnado por Mr. Trump. Por añadidura, la precisión de los contornos del término «liberal» también resulta pertinente porque su significado prístino ha sufrido en el caso de Estados Unidos una progresiva degeneración que ha llevado a desnaturalizar su contenido y a identificarlo con programas radicalmente contrarios a ese ideario, esto es, a una continua extensión de los poderes del Estado. Ello es una clara manifestación de la perversión del lenguaje descrita por Orwell en *1984*. A pesar de todo, la filosofía liberal tiene unos perímetros definidos que es pertinente recordar.

En sintonía con Hayek: «Por liberalismo entenderé aquí la idea de un orden político deseable que se desarrolló inicialmente en Inglaterra desde los tiempos de los viejos whigs, a finales del siglo xvii, hasta los de Gladstone, a finales del siglo xix. David Hume, Adam Smith, Edmund Burke, T. B. Macaulay y Lord Acton pueden ser sus representantes típicos en Inglaterra. Fue su idea de libertad individual sometida a la ley la que inspiró los movimientos liberales de Europa continental y la que constituyó la base de la tradición política norteamericana. Algunos de los pensadores que vivieron en estos países, como Benjamin Cons-

tant y Alexis de Tocqueville en Francia; Immanuel Kant, Friedrich Schiller y Wilhelm von Humboldt en Alemania, y James Madison, John Marshall o Daniel Webster en Estados Unidos pertenecen plenamente a esa tradición».¹

Desde esta perspectiva, la filosofía expresa y tácita del proyecto de Donald Trump constituye una nítida ruptura con la doctrina que fue el cimiento sobre el que se construyó Estados Unidos. El *trumpismo* encarna una visión sobre el individuo, sobre la sociedad y sobre el gobierno contraria a la sostenida por los Padres Fundadores. Si bien el legado del liberalismo clásico se ha visto erosionado a lo largo de los últimos cien años en Estados Unidos nunca había accedido a la Casa Blanca un presidente con un discurso, un estilo y una plataforma programática tan opuestos a los ideales sobre los que se fundó Estados Unidos. El *trumpismo* constituye el triunfo de una tendencia minoritaria en Estados Unidos, el populismo, que por vez primera en la historia ha logrado el apoyo suficiente para conquistar la suprema magistratura de la nación.

En este contexto resulta llamativa, por no decir sorprendente, la fascinación de amplios sectores de la derecha democrática occidental ante el fenómeno Trump. Se aplauden sus promesas de bajar los impuestos, de desregular los mercados o los ataques realizados por el nuevo presidente a la *intelligentsia* de izquierda. Se omite e ignora el proteccionismo, la xenofobia, el cuestionamiento de la independencia judicial y de la libertad de prensa... Pero esta asimetría valorativa, con ser inquietante, no es lo peor. La actitud admirativa o, al menos, cómplice hacia Mr. Trump refleja un profundo desconocimiento de la naturaleza real de su movimiento, de las ideas sobre las que se asienta y, a la vez, una irresponsable despreocupación sobre sus implicaciones a escala global. El éxito del populismo en Estados Unidos, símbolo de la democracia liberal, es una pésima noticia para un mundo en el que la *democracia iliberal*, como ha escrito Fareed Zakaria²

1. Hayek, F. A., *Principios de un orden social liberal*, Unión Editorial, 2001, p. 43.

2. Zakaria F., «The Rise of Illiberal Democracy», *Foreign Affairs*, noviembre/diciembre de 1997.

goza de un creciente atractivo. Con sus defectos y con sus virtudes, con sus luces y con sus sombras, Estados Unidos ha sido desde el final de la segunda guerra mundial la «reluciente ciudad sobre la colina», la salvaguarda de los valores de la sociedad abierta. Ahora existe el riesgo claro de que ese referente desaparezca cuando su permanencia es más necesaria.

La tradición liberal norteamericana

Para comprender el punto de inflexión que el programa y la doctrina de la administración Trump suponen en la tradición política norteamericana resulta imprescindible recordar cuáles fueron las ideas guía, la filosofía que presidió el pensamiento y la acción pública de los hombres que construyeron el país. Sin duda existieron discrepancias profundas en aspectos concretos entre los Padres Fundadores y, en algunas ocasiones, éstas llegaron a parecer insolubles. Sin embargo, existió un elemento central de acuerdo, que hizo posible la Constitución: la presencia de un sustrato de principios articulados alrededor de la ideología o, mejor, del sistema de ideas al que llamamos liberalismo. A lo largo de este epígrafe se pretenden delinear de una forma estilizada cuáles fueron los criterios rectores que guiaron el comportamiento de la generación de los Fundadores y su antagonismo con los profesados casi doscientos años después por Mr. Trump.

Para Hamilton, Madison, Adams, Jefferson o Franklin, el Gobierno es una creación de los individuos para proteger su propiedad y su libertad. A diferencia de los liberales europeos no se preocuparon demasiado en dotar de una fundamentación filosófico-teórica a esos derechos, sino de establecer los requisitos institucionales para amparar a los ciudadanos de la coerción pública y privada. Este enfoque pragmático partía de un presupuesto previo, a saber, la existencia de un consenso liberal anterior a la Constitución que ésta recogió y convirtió en su marco normativo básico. Los presupuestos de ese sustrato preconstitucional tienen un origen histórico: Norteamérica fue poblada por hombres y mujeres que huían de la opresión feudal y religiosa del Viejo Mundo.

Llegaron a una tierra en donde no existían ni las instituciones feudales ni el despotismo. El país nació libre y, por tanto, los colonos contemplaron el liberalismo como algo natural, un credo común cuya expresión era la igualdad ante la ley y el respeto de las libertades individuales dentro de un Gobierno limitado. Ésa es la esencia y no otra de lo que se ha dado en llamar la «excepcionalidad americana»;³ una nación forjada sin pecado original.

La generación fundadora tenía una acusada prevención hacia la *democracia pura*, entendida en el sentido de los antiguos, ya que ésta podía y tendía a degenerar en el poder ilimitado de la mayoría y, por tanto, en el aplastamiento de los derechos y libertades de las minorías. Por eso, en el número 10 de *El Federalista*, Madison escribe: «Estas democracias han dado siempre el espectáculo de su turbulencia y sus pugnas; por eso han sido siempre incompatibles con la seguridad personal y los derechos de propiedad y, por lo general, su vida ha sido tan corta como violenta su muerte».⁴ La tiranía de los muchos no es diferente a la de uno o a la de varios. La solución a ese problema fue la Constitución de 1789, que conformó una república democrática capaz de conjurar la tentación autoritaria de las mayorías. El medio para conseguir esa meta fue la separación del ejecutivo, del legislativo y del judicial, la Declaración de Derechos, la división territorial del poder mediante el federalismo y la revisión judicial de los actos del legislativo y del ejecutivo.

Por otra parte, la diversidad y el pluralismo fueron para los Fundadores elementos esenciales de cualquier sociedad libre. Sin embargo, su mentalidad al respecto era muy distinta a la propugnada por el multiculturalismo contemporáneo, esto es, la asignación de derechos especiales a grupos específicos. De nuevo, en el número 10 de *El Federalista* se aborda esta cuestión: «Por una facción yo entiendo un número de ciudadanos, representen a una mayoría o a una minoría, que están unidos y actúan por algún impulso, pasión o interés común contrarios a los

3. Una exposición clásica de esta posición es *The Liberal Tradition in America*, Louis Hartz, 1955, Harcourt, Brace & Company.

4. Hamilton, A., Madison, J., Jay, J., *El Federalista*, FCE, 1987, p. 39.

derechos de otros o al permanente o agregado interés de la comunidad». La concepción corporativa de la organización social era una inaceptable reminiscencia del orden feudal. Dicho esto, el argumento anterior expresa cuatro cuestiones de suma trascendencia: primera, reconocer los intereses no es lo mismo que reconocerlos como derechos; segunda, los intereses a veces entran en contradicción con los derechos; tercera, los individuos están movidos por pasiones e intereses, y cuarta existe algo denominado «bien común». Éste consiste, para los Fundadores, en el mantenimiento de reglas de conducta iguales para todos y, en consecuencia, en la prohibición de usar los poderes públicos para conceder beneficios a unos a expensas de otros.

El principio implícito a ese planteamiento es la contemplación de una ciudadanía única, compuesta por individuos libres y responsables, y no una concepción orgánica y estamental de la sociedad en la cual las personas se definen por su pertenencia a un ente colectivo. Ese criterio de no discriminación sólo puede lograrse, diría Madison, a través de un Gobierno con «pocos y definidos poderes». De lo contrario, la sociedad tiene serias posibilidades de degenerar en una lucha entre los distintos grupos de presión para obtener privilegios de las autoridades. Ello conduciría a una guerra de todos contra todos, a una especie de conflicto civil entre facciones en detrimento de la libertad individual y de la estabilidad política y social. Si bien una democracia ilimitada puede conducir a la destrucción de los derechos de las minorías, también puede hacer todo lo contrario; esto es, que poderosas grupos de presión sean capaces de conseguir prebendas a costa de la mayoría si logran capturar el aparato del Estado. En ambos casos, el sistema democrático tiende a debilitarse y a deslegitimarse bien por un exceso de demagogia bien por un exceso de oligarquía.

Desde sus comienzos, la tradición liberal norteamericana tuvo siempre una predisposición favorable a la libre circulación de las personas. Sin embargo, su posición sobre la materia presenta algunas importantes matizaciones. Para los Fundadores, *a priori*, cualquier individuo tiene el derecho a elegir el sistema político en el que vive, incluso si esto significa abandonar la tierra en la que nació. Ahora bien, «cada sociedad desde una gran

nación a un club puede determinar las condiciones bajo las cuales un nuevo miembro puede ser admitido».⁵ En el caso de Estados Unidos, ese requisito se concreta en la aceptación por los inmigrantes del orden constitucional y, en sentido más amplio, del *American Way of Life*. En su alocución a la Congregación Hebrea de Newport, Rhode Island, George Washington sostuvo que la ciudadanía norteamericana no es un regalo libre de responsabilidades. Para gozar de ella, «Estados Unidos sólo requiere a quienes viven bajo su protección que se comporten como buenos ciudadanos».⁶ En otras palabras, quienes desean vivir en el país han de acatar el régimen y sus principios inspiradores. La aproximación del liberalismo clásico norteamericano al asunto de la inmigración podría resumirse en el principio de mutuo consentimiento dictado por el criterio de equidad natural. Dicho esto, las restricciones a los flujos migratorios fueron escasas hasta principios del siglo xx. Desde la independencia hasta ese período, Estados Unidos practicó una política de puertas abiertas a la inmigración con las excepciones que luego se comentarán. En cualquier caso, los Padres Fundadores rechazaron de plano cualquier restricción inmigratoria por razones del lugar de nacimiento de los inmigrantes o por su confesión religiosa.

A menudo se ha acusado a la generación fundadora de abandonar el aislacionismo, esto es, de promover una política internacional cuyo eje central era retirarse del mundo y focalizarse en los asuntos domésticos. Esta apreciación es injusta y simplificadora porque no tiene en cuenta las difíciles circunstancias en las que aquéllos desarrollaron su tarea. A finales del siglo xviii y principios del xix, la República norteamericana era débil y se enfrentaba a la necesidad de construir y consolidar una estructura política inédita; esto es, debía afrontar el test de su supervi-

5. Gobernador Morris, citado por West en *Immigration: The Founders' View and Today's Challenge*, en *The Founders on Citizenship and Immigration, 90-01*, Rowman and Littlefield Publishers, 2007.

6. Washington, G., «Letter to the Hebrew Congregation of Newport, Rhode Island», agosto de 1790, en *George Washington: A Collection*, ed. William B. Allen, Liberty Fund, 1988.

vencia y de su autoconservación, factores esenciales para la viabilidad de cualquier Estado. En este entorno, la capacidad de desplegar una agenda exterior activa era muy limitada. Pero esa observación no puede condenar al olvido los ideales que informaron la visión del mundo de los Padres Fundadores. La Declaración de Independencia afirmaba el derecho de todos los hombres a la libertad; es decir, proclamaba la universalidad de ese principio. Ésta es la razón por la que la promoción de la libertad ha sido siempre un tema recurrente en la política exterior norteamericana, aunque ésta no haya sido siempre coherente con ella. En el discurso de apertura de su presidencia, Washington manifestó que «la preservación del fuego sagrado de la libertad y el destino del modelo republicano de gobierno son confiados a las manos del pueblo norteamericano».

Si bien la estrategia comercial en los primeros compases del nuevo Estado adoleció por influencia hamiltoniana de una cierta inclinación proteccionista, los Padres Fundadores pusieron un enorme énfasis en las ventajas del libre comercio. Uno de los argumentos recurrentes para ratificar la Constitución fue que ésta creaba el marco institucional apropiado para el desarrollo del ímpetu emprendedor del pueblo norteamericano. En el número 11 de *El Federalista*, el propio Hamilton escribía «el inigualado espíritu de empresa [...] constituye una mina inextinguible de riqueza nacional». Por añadidura, los Fundadores consideraban que Estados Unidos podía transformar las hostiles relaciones entre los países a través del comercio libre. En la misma línea de *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith, el libro de cabecera económico de los autores de la Constitución, contemplaban el libre comercio como un medio para preservar y fomentar la paz entre las naciones. Jefferson proclamó que el texto smithiano era «el mejor libro» existente sobre economía política.⁷

A la vista de lo expuesto, sin ánimo de ser exhaustivo, no hace falta realizar un extraordinario esfuerzo de comprensión y de ob-

7. Jefferson a T. M. Randolph, 30 de mayo de 1790, Jefferson, *The Writings of Thomas Jefferson* (ed. conmemorativa), VIII, 31, compilado y editado por Paul Leicester Ford, 1904.

jetividad para percibir hasta qué punto Mr. Trump, sus ideas y sus políticas se alejan de los fundamentos del sistema erigido por los Padres Fundadores. Para profundizar en esta afirmación es interesante realizar una breve reflexión sobre lo que ha supuesto el populismo histórico pre-Trump en Estados Unidos.

El «Guadiana» del populismo norteamericano

El populismo ha sido una especie de Guadiana, esto es, una corriente de opinión que aparece y desaparece a lo largo de la historia política norteamericana desde finales del siglo XIX. Sin embargo, no se trata de una línea homogénea salvo en un solo elemento: la concepción de la democracia representativa como un instrumento en virtud del cual las élites en sentido amplio utilizan el poder en su beneficio y a costa del pueblo. La representación es pues una superestructura, un artificio que oculta a los detentadores auténticos del mando. En este cuadro doctrinal se configuran dos modalidades diferentes de populismo que cabría situar de modo simplificado y esquemático en la izquierda y en la derecha. La convergencia de esas dos versiones del fenómeno se traduce en un ataque frontal a la tradición liberal norteamericana descrita en el epígrafe anterior. En tanto aquélla fue el ideario dominante en la escena pública, los resultados electorales del populismo fueron mediocres y el efecto de sus ideas escaso.

La versión «progre» populista dirige sus ataques hacia las clases altas de la sociedad, en especial hacia la plutocracia y hacia sus paladines intelectuales. Las élites han traicionado los intereses de los hombres y mujeres que trabajan. Su concepción del pueblo es de raíz clasista y no se identifica con ningún grupo (étnico, religioso, etc.) concreto. Se trata por tanto de una reacción contra el «poder del dinero», representado por las grandes corporaciones y las finanzas, causantes efectivos de la pobreza de sus principales clientes: los electores rurales y los trabajadores urbanos. Su programa era extender las funciones del Estado para servir a la gente de a pie y acabar con el *laissez-faire, laissez-passer* imperante.

La segunda forma de populismo, la derechista, también ataca a las élites, pero su definición del pueblo explotado es más estrecha y tiene un indudable componente étnico. Aparece muy ligado a la defensa de los ciudadanos norteamericanos de ascendencia europea. La expresión dialéctica de su mensaje es la presencia de una nefasta alianza entre las clases dirigentes que controlan el sistema y los grupos o segmentos de la población con bajos niveles de renta y de formación de procedencia no anglosajona. Entre ambos han constituido una coalición fáctica que pretende socavar los valores, los intereses y los lazos de solidaridad comunitaria existentes entre la mayoría blanca trabajadora. En ese entorno conceptual caben versiones fuertes —el KKK— y suaves del populismo, matizadas en función de las condiciones sociales, culturales, económicas, etc., vigentes en cada instante.

Esas dos manifestaciones del populismo han tenido influencia política durante diferentes momentos en Estados Unidos y han crecido o decrecido en respuesta a la existencia de los agravios reales o imaginarios percibidos por sus acólitos: un sistema económico que favorece a los ricos, el temor a perder el puesto de trabajo ante la competencia de los inmigrantes o a causa del libre comercio, el rechazo a los partidos tradicionales que se ocupan del bienestar de sus dirigentes y clientelas en vez del de la mayoría, etc. En 1890, los medios de comunicación acuñaron el término populista para catalogar la emergencia de una tercera formación partidista concurrente con los dos grandes partidos históricos, el Partido del Pueblo. Éste agrupó la vertiente «progre» del populismo norteamericano finisecular. Sus principales apoyos se concentraron en el sur y en el oeste de la Unión, pero su impacto electoral fue escaso. Su candidato a las presidenciales de 1892, James Weaver, obtuvo 22 votos electorales y el influjo del movimiento perdió vigor de manera acelerada tras la derrota del demócrata William Jennings Bryan en las elecciones de 1896. Bryan había incorporado gran parte de las demandas del Partido del Pueblo en su campaña.

La tradición derechista del populismo americano surgió prácticamente a la vez. El objeto de sus críticas se centró también en la ampliación de la desigualdad en Estados Unidos en

perjuicio de las rentas medias bajas y bajas, pero incluyó en su narrativa un factor novedoso: la hostilidad a la inmigración, simbolizada en la petición de que se prohibiese la inmigración china y japonesa al país. Dennis Kearney, un pequeño empresario de San Francisco, fundó en 1877 el Workingmen's Party of California con un programa concreto: expulsar a los trabajadores chinos, reducir la jornada laboral y emprender un plan de obras públicas para combatir el desempleo. Si bien su fuerza electoral se radicó en el Estado Dorado, su influencia se extendió más allá. En 1882 consiguieron que el Congreso aprobase la Chinese Exclusion Act, la primera ley norteamericana, hasta Mr. Trump, que prohibió a una nacionalidad específica entrar en Estados Unidos. En 1920 intentaron hacer lo mismo con la inmigración japonesa. Su argumentación introducía un elemento similar al utilizado recientemente por Mr. Trump frente a los musulmanes: los trabajadores nipones residentes eran espías de su emperador que planeaban realizar ataques contra Estados Unidos.

Otra muestra de la confluencia entre los populismos de izquierdas y de derechas fue su hostilidad al cosmopolitismo, palabra maldita, concebida como la cultura predominante en las clases dirigentes. En la propaganda de su campaña de 1892, el Partido del Pueblo denunció «una vasta conspiración contra la Humanidad en favor del patrón oro» que estaba «a punto de dominar el mundo». En el bando contrario, a mediados de los años treinta del siglo pasado, el padre Charles Coughlin y el aviador Charles Lindbergh enarbolaron el eslogan del «América Primero» para impedir la entrada de Estados Unidos en la segunda guerra mundial, su participación en cualquier organismo multilateral y para promover y apoyar una dramática subida de aranceles que culminó con la aprobación de la Hawley-Smoot Act, una de las medidas que profundizaron y extendieron la Gran Depresión. Un enfoque aislacionista similar, eso sí con menor virulencia e impacto, se reprodujo en los años noventa de la pasada centuria impulsado por el reverendo Pat Robertson, por el periodista Pat Buchanan y por el empresario Ross Perot.

Aunque su potencia electoral fue limitada y marginal, no lo fue su capacidad de influir en la legislación y en las resoluciones

judiciales. El discurso populista en sus dos versiones puso los cimientos para una progresiva ampliación de las funciones del Estado mediante el debilitamiento de dos principios básicos de la Constitución norteamericana: el federalismo y la protección de las libertades individuales. La interpretación textual de ambos principios había sido la doctrina aplicada por el Tribunal Supremo desde la entrada en vigor de la Ley de Leyes en 1789. Sin embargo, el populismo logró crear un clima que ayudó a erosionar la ética individualista dominante hasta ese momento. Un sector relevante de la élite, básicamente demócrata e influido por el pensamiento alemán del período bismarckiano y del socialismo de cátedra, consideró necesario interpretar la Constitución a la luz de las transformaciones sociales producidas por la industrialización. El resultado fue una modificación de la lectura restrictiva de los límites que la estructura federal y la protección de las libertades civiles y económicas imponían a la acción del Gobierno federal. Se consideró que esos principios eran antiguallas propias de una época individualista llamada a ser superada.

Desde los inicios del siglo xx se libró una batalla crónica entre los partidarios de sostener la síntesis liberal alumbrada por los Padres Fundadores y los inclinados a ampliar las funciones de los poderes públicos. Esa disputa se resolvió a favor de los segundos cuando en 1936, el nuevo Tribunal Supremo asumió como doctrina propia la expansión de los poderes federales y limitó la protección de los derechos individuales contra las acciones destinadas a incrementar la regulación económica federal y estatal. Esa mutación jurisprudencial constituye un paso fundamental en el debilitamiento de la práctica constitucional norteamericana: consagra el soporte de la judicatura al modelo del Gran Gobierno.⁸ Desde esta perspectiva, la presidencia de Trump tiene serias posibilidades de transformarse en una segunda y más intensa ruptura de la tradición liberal norteamericana que la registrada hace ochenta años.

8. Epstein, R. A., *How Progressives Rewrote the Constitution*, Cato Institute, 2006.

El populismo *trumpista* contra el liberalismo

De entrada, es ingenuo y peligroso, un ejercicio de ridículo menosprecio intelectual, considerar el *trumpismo* como un hecho episódico, desprovisto de un sustrato teórico y, por tanto, un fenómeno caracterizado por un pragmatismo oportunista capaz de ajustarse a la realidad y a las cortapisas impuestas por el marco institucional una vez alcanzado el poder. Esta actitud refleja una supina incomprensión de los factores humanos, económicos, sociológicos, políticos y culturales que han determinado la llegada de Mr. Trump a la Casa Blanca. Sin tener en cuenta esta acotación previa es imposible analizar y comprender lo que ha sucedido y puede suceder en Estados Unidos durante los próximos cuatro años. El proyecto de Mr. Trump es una simbiosis aglutinadora del virus populista incubado durante décadas en la derecha y en la izquierda norteamericanas, cuyo principal común denominador es su aversión al liberalismo. El problema es que ahora ha llegado al Gobierno.

Realizada esa afirmación, la primordial característica del *trumpismo* y de la línea de pensamiento que le da sustancia no es su antiizquierdismo ni la presencia de tics totalitarios cuya aspiración es controlar la sociedad y el Estado, sino su concepción orgánica de la estructura social que confiere a las masas que le siguen un sentido identitario, representado por un dirigente fuerte, personificación de la nación. Esa conexión metarracional, sentimental entre el líder y el pueblo, tiene connotaciones inquietantes y, en todo caso, incompatibles con los fundamentos de una democracia liberal. A lo largo de toda su campaña electoral y, en los primeros compases de su presidencia, Mr. Trump ha mostrado un desprecio sistemático a dos elementos consustanciales de la república: el carácter representativo de las instituciones y los frenos constitucionales al poder presidencial. Ambas posiciones son una expresión clara de su propensión a incurrir en comportamientos propios del cesarismo plebiscitario, ese sistema de gobierno centrado en la autoridad suprema de un jefe y en la fe en su capacidad personal, a la que se atribuyen rasgos heroicos. Como es inevitable, esta modalidad gubernamental

suele presentar elementos de culto a la personalidad, caracterizados por la preferencia de las soluciones directas y rápidas sin pasar por la desagradable tarea de ajustarlas a los procedimientos constitucionales.

La noción *trumpiana* del gobierno no es antidemocrática, sino *antiliberal*. El constitucionalismo norteamericano, como el del resto de las democracias occidentales, fue diseñado no sólo para determinar quién gobierna, sino para evitar que los gobernantes ignorasen los límites a su poder y privasen a los ciudadanos de sus derechos y libertades. En suma, se intentó establecer un sistema de pesos y contrapesos protector de la autonomía y la dignidad de las personas contra la coerción. Por tanto, lo que distingue el modelo norteamericano no es la democracia, sino las cortapisas establecidas a las mayorías coyunturales. Este esquema de gobierno puede parecer lento y lo es; a veces, ingobernable, pero ahí reside precisamente su grandeza y perdurabilidad, caracterizados por la imposibilidad o las dificultades para que la autoridad se ejerza de manera arbitraria y, por tanto, despótica. Madison escribió: «Si los hombres fuesen ángeles, no sería necesario el gobierno». Con esa máxima hacía una severa advertencia contra los peligros de los demagogos, de los hombres providenciales.

Desde esa óptica, la presidencia de Mr. Trump constituye una seria amenaza para el futuro del *rule of law* en Estados Unidos. A lo largo de la historia, numerosos dirigentes han conquistado el Gobierno en las democracias envueltos en las banderas del populismo y del nacionalismo. Mr. Trump no es una excepción. Pero la expresa admiración del actual presidente norteamericano hacia personajes como Putin, su manifiesta que-rencia hacia los partidos europeos de extrema derecha y su asociación con personajes de credenciales democráticas dudosas —léase Stephen Bannon—, no permite descartar la hipótesis, sino avalarla, de la marcada tendencia de Mr. Trump a no respetar y a rebasar las normas básicas del ordenamiento constitucional norteamericano.

Por lo demás, los hechos dan una considerable solidez a esa conjetura. Ningún presidente de Estados Unidos cuestionó ja-

más que el Congreso representase la voluntad nacional; ninguno amenazó con echar las masas a la calle si los resultados electorales no le daban la victoria; ninguno amenazó con aplicar leyes antilibelo para silenciar a los medios de comunicación opositores; ninguno intentó anular a través de órdenes ejecutivas tratados internacionales para los que la Constitución exige la autorización del Senado; todos aceptaron entre la crítica y la resignación las resoluciones judiciales que declaraban contrarias a la Constitución y a la ley sus decisiones... Los ejemplos podrían extenderse casi hasta el infinito, pero no es necesario. Raymond Aron definió Estados Unidos como una República Imperial. Con Mr. Trump se corre el riesgo de que se convierta en un Estado con dosis crecientes de autoritarismo.

Esa inquietud se fortalece por la pretensión de Mr. Trump de mantener su personal guardia de seguridad en vez de asignar su protección al Servicio Secreto, costumbre presidencial desde tiempos inmemoriales. Aquélla es la misma «policía privada» que lo acompañó en su campaña y que ha recibido constantes acusaciones de usar la fuerza de manera abusiva e ilegal y de recurrir a la violencia contra los opositores. Una agencia pretoriana, pagada por el presidente, escapa por definición a los habituales controles legales y políticos; por ejemplo, el Congreso no puede recortar su presupuesto o auditar su actividad. El peligro de esa singular guardia de corps paralela se acrecienta si el presidente le da acceso a la información que posee la inteligencia norteamericana. Existe por tanto un temor razonable a que la estrategia de seguridad nacional se canalice en términos operativos y políticos a través de los hombres de Mr. Trump y que éstos puedan ejercer una autoridad incontrolada sobre el aparato militar y de inteligencia.

Aunque el ascenso del magnate inmobiliario a la presidencia ha mostrado la persistencia de una profunda corriente racial-nacionalista en el núcleo de su base electoral, el presidente no ha sido capaz de encontrar y ofrecer una coherente definición del «pueblo» al que dice representar en régimen de monopolio. Esto constituye una novedad frente al populismo tradicional. El Partido del Pueblo y sus aliados, ya se ha señalado,

defendían la superioridad moral de las clases productoras, las auténticas creadoras de la riqueza norteamericana. Esa virtuosa mayoría silenciosa incluía obreros, granjeros, profesores; los populistas de derechas consideraban como verdaderos norteamericanos a la población blanca de origen anglosajón. El *trumpismo* ha ofrecido sólo vagos y difusos clichés para definir su pueblo elegido; unas veces habla de familias trabajadoras, otras de clase media, etcétera.

Los aprietos del *trumpismo* para acotar su concepto de «pueblo» radican en la existencia de un obstáculo insuperable para lograr ese objetivo. Desde los años sesenta del siglo pasado, Estados Unidos se ha convertido en una nación multicultural. Las élites y «el resto» no constituyen estructuras sociales homogéneas, no tienen una naturaleza monolítica. Carecen de una identidad de clase, no profesan los mismos valores y no tienen intereses iguales. La diversidad presente en la sociedad norteamericana desde la fundación de la república se ha intensificado en las últimas siete décadas como ha sucedido en los demás países avanzados. En realidad, el único factor de cohesión efectivo de la sociedad norteamericana sigue siendo, aun debilitado, el sentimiento de compartir unos valores desligados de cualquier sentimiento «tribal». Por tanto, nadie que aspire a ganar unos comicios y a ser presidente hablará del «pueblo» como una categoría cerrada que excluya de esa definición a, por ejemplo, los no blancos-no anglosajones-no protestantes, que por cierto son ya una mayoría de la población estadounidense. El sucedáneo del racismo para consumo de una parte del electorado *trumpiano* es el endurecimiento de los controles a la inmigración.

Las bases doctrinales del *trumpismo*

A pesar de sus borrosos o flexibles planteamientos ideológicos, es importante recalcar que el *trumpismo* sí tiene unas bases doctrinales. No es sólo un fenómeno sociológico o una aventura personal. Su fuente de inspiración es la denominada «derecha alternativa», *alt-right* en la terminología norteamericana; un

movimiento plural y complejo sin una ideología formal, pero con un punto común: su oposición a los valores considerados *políticamente correctos* en el mundo occidental. Al ser una especie de masa informe es un movimiento transversal integrado por personas ubicadas a lo largo de todo el espectro político. Ese espacio abarca a partidarios de la supremacía blanca, nacionalistas, islamófobos, antifeministas, antisemitas, etnonacionalistas, nativistas, tradicionalistas, comunitaristas... Identifican el progreso como un proceso de decadencia caracterizado por una pérdida de la cultura, de la identidad y del sentido de una misión colectiva. La dinámica histórica viene determinada por un conflicto permanente y vital entre entes impersonales llámense tribus, razas, comunidades o naciones. Éstas son las fuerzas cósmicas que rigen el devenir y que están más allá del control de los individuos. Las raíces de este pensamiento son ajenas a la tradición política norteamericana y se integran en una línea que incluye autores como Hegel, Carlyle, Spengler, Spann, Gentile o Schmitt, esto es, representantes «eximios» del antiliberalismo y, en sentido más amplio, personajes que consideraron la Ilustración como el origen de todos los males.

Uno de los más destacados representantes de la «derecha alternativa» es el actual estratega de la Casa Blanca, Stephen Bannon. Éste personifica de manera clara y rotunda una escuela contraria al libre mercado, determinada a preservar la religión y la cultura tradicionales, paladín del nacionalismo y propagandista de las virtudes militares. En su película *Generation Zero*, Bannon achaca todos los problemas presentes de Estados Unidos a los *baby boomers* que liquidaron las estructuras clásicas de la sociedad y crearon una cultura narcisista. La destrucción de los viejos-buenos valores generó un culto al yo cuyo resultado es la adoración del dinero. El resultado es la apuesta de las élites dirigentes por un modelo de capitalismo salvaje dentro de Estados Unidos y de apertura externa que ha dinamitado los cimientos de la sociedad norteamericana. Esta reacción frente a las secuelas del *sesentaiochismo* no tiene nada que ver con la protagonizada por el liberalismo clásico a lo Friedman o por los neoconservadores a lo Kristol.

Por eso, desde un amplio número de sectores se han señalado las similitudes del *trumpismo* con algunos de los rasgos característicos de las ideologías totalitarias y autoritarias de la centuria pasada. Esta posición quizá sea o parezca exagerada pero sus expositores no son sólo ni principalmente los pensadores de izquierdas o los liberales clásicos, sino algunos de los más destacados representantes de la intelectualidad conservadora norteamericana como Robert Kagan⁹ o William Kristol. Es evidente que nadie considera a Mr. Trump un sujeto capaz de establecer campos de concentración, imponer una dictadura y acabar con el sistema democrático. En todo caso, esas opciones serían de difícil materialización, por no decir de imposible aplicación, en un país, Estados Unidos, en el que la herencia demócrata-liberal tiene todavía un peso considerable. Sin embargo, existen semejanzas preocupantes entre la doctrina y la praxis *trumpiana* con la de esas siniestras ideologías, al margen, de la ya apuntada: la creación de una fuerza privada y paralela de seguridad.

De entrada, el presidente Trump y su vicepresidente, Mr. Pence, han definido el *trumpismo* como un movimiento, negándole cualquier connotación partidista, lo que resulta humillante para el Great Old Party (Partido Republicano) que lo eligió como su candidato a la presidencia de Estados Unidos. La auto-proclamada y supuesta naturaleza apartidista del *trumpismo* está estrechamente ligada a la visión de su candidatura a la magistratura suprema de la nación como el resultado de una ola popular que supera las divisiones tradicionales entre demócratas y republicanos, entre izquierdas y derechas, en una síntesis totalizadora. En otras palabras, su partido no ha sido un factor relevante ni mucho menos decisivo en su elección. Este planteamiento contrasta con la formulación de una política y de un discurso que no apelan al consenso sino a la división de la sociedad norteamericana en dos bloques antagónicos y difusos: la minoría privilegiada y la mayoría oprimida. El talento táctico de Mr.

9. Kagan, R., «This is how fascism comes to America», *The Washington Post*, 18 de mayo de 2016.

Trump ha estribado en no precisar cuáles son los perfiles concretos de una y de otra. Pero ahí sólo terminan las coincidencias autoritario-totalitarias...

Las formaciones fascistas y nazis del siglo xx no sólo celebraron la masculinidad como una expresión primigenia de la energía y de la fuerza nacional. Asociaron la democracia liberal con las supuestas cualidades femeninas del diálogo. Para decirlo de otra forma: sugerían la presencia de un lazo entre la masculinidad y el autoritarismo, simbolizado en la elección de un hombre fuerte, un padre de la patria. El estilo y el discurso de Mr. Trump encajan a la perfección en ese entorno conceptual. La única diferencia es de naturaleza semántica y estética. El nuevo jefe se adorna con las «modernas» cualidades de un director ejecutivo. ¿Quién mejor para dirigir América Inc. en las circunstancias «dramáticas» en las que se encuentra que un exitoso capitán de la industria? Nadie como él conoce las fortalezas y las debilidades de una clase dirigente cuya arrogancia y egoísmo es la causa determinante del declive norteamericano; en consecuencia, nadie como él para devolver el poder al pueblo.

Pero una gran sociedad no es una gran corporación, dato que Mr. Trump parece ignorar. La tesis conforme a la cual un Estado cabe ser gestionado como una gran empresa fue expuesta por Lenin en los albores de la revolución bolchevique y dio lugar a una fascinante discusión en los círculos académicos de los años veinte y treinta del siglo pasado. En la teoría económica convencional, la empresa era descrita como una especie de «caja negra». En las modernas economías capitalistas, muchos recursos se gestionan en el interior de las compañías por métodos jerárquicos y no por el mecanismo descentralizado del sistema de precios. Esta situación parecía plantear y de hecho planteó un conflicto: ¿Cómo se conciliaban los puntos de vista de los economistas sobre el papel de los precios relativos, la inviabilidad de una economía de planificación central y la existencia de una gestión centralizada de las corporaciones que operan dentro del modelo capitalista?

La respuesta a ese puzle es sencilla y fue resuelta hace setenta años. Los precios han de ser descubiertos, porque la información no es gratuita y, en consecuencia, su obtención es costosa.

Por ello, los métodos de coordinación alternativos al mercado, que también son onerosos y, en la mayoría de las ocasiones imperfectos, pueden en algunos supuestos ser una opción acorde con la racionalidad económica. Esto explica la existencia de la empresa, en la cual la asignación de los recursos se realiza a través de decisiones administrativas por una razón elemental: constituye un medio básico para reducir los costes de transacción. En su célebre artículo de 1937,¹⁰ el Nobel de Economía Ronald Coase mostró como, en un modelo de capitalismo competitivo, el mínimo de planificación compatible con la eficiencia se realiza a escala micro, en las propias empresas, sometidas a la disciplina exterior de un mercado con precios libres. Ese modelo no es extensible a todo el conjunto de la economía porque impediría que las corporaciones aprovecharan el conocimiento y la información dispersas en una gran sociedad que sólo pueden ser procesados por el sistema de precios. Como diría Hayek, ningún planificador puede acumular la información necesaria para asignar los recursos con eficiencia. Mr. Trump tampoco...

Algunos liberales y políticos e intelectuales de la derecha democrática ingenuas alaban, como se ha comentado, las promesas *trumpianas* de reducir la fiscalidad y eliminar regulaciones. Al margen de que esas iniciativas se ven acompañadas por una brutal expansión del gasto público, el elemento crucial del *iliberismo trumpiano* es el empleo de la coerción estatal para obligar a las compañías a decidir dónde tienen y en qué invertir y a quién contratar, así como la amenaza de imponerlas sanciones si no se acomodan a los deseos del ejecutivo. Esto constituye un gigantesco e inaudito proyecto dirigista en Estados Unidos, mucho mayor que el impulsado por el New Deal, por el cual el Gobierno federal pretende determinar *de facto* la estructura económica y empresarial de América. Con la distancia de tiempo, de lugar y de intensidad, esa política no se diferencia en su esencia de la aplicada por Hitler y Mussolini en la Alemania y la Italia de los años treinta y cuarenta del siglo xx. Ésta es la razón por la

10. Coase, R., «The Nature of the Firm», *Economica*, New Series, vol. 4, n.º 16, noviembre de 1937, pp. 386-405.

que el Nobel de Economía Edmund Phelps ha comparado el programa de Mr. Trump con el puesto en marcha por el fascismo y por el nazismo en aquel período.

Las notas totalitarias del *trumpismo*

Las teorías conspiratorias también unen el *trumpismo* con los partidos totalitarios y autoritarios de los años treinta. Mr. Trump no se plantea la necesidad intelectual de justificar esa hipótesis; la formula como un hecho indiscutible. Presenta el supuesto declive norteamericano como la historia de una inocente y estúpida nación, Estados Unidos, víctima de fuerzas oscuras que han manipulado sus buenas intenciones y su generosidad en beneficio propio. Este relato de un país bueno explotado por malignos conspiradores, entre los que se encuentran sus aliados desde hace más de medio siglo, reproduce el *pathos* de inocencia nacional y de victimización que alimentó la demagogia totalitaria y autoritaria en la Europa de los años treinta. Pocos instrumentos demagógicos son tan efectivos y aglutinadores como los ofrecidos por las conspiraciones. Dividen a la gente, a las naciones y a las sociedades en buenos y malos, entre los cuales no es posible compromiso alguno y permite a los «creyentes» saber quiénes son sus enemigos.

El antiliberalismo *trumpiano* se visualiza con una extraordinaria claridad en su discurso de toma de posesión como presidente de Estados Unidos. La descripción del país más rico y poderoso de la tierra como una especie de paria internacional cuya grandeza sólo cabe ser recuperada a expensas de los demás supone un giro radical en la tradición política norteamericana y una obscena distorsión de la realidad. Con los datos objetivos en la mano, Estados Unidos es todavía a gran distancia la potencia global predominante. Mr. Trump no realiza una apelación a la regla autoritaria o a la superioridad etnorreligiosa del país, dos elementos esenciales del credo totalitario y autoritario, para superar esa situación, pero ambos planteamientos planean a lo largo de toda su alocución. Sólo un Estado fuerte puede mate-

realizar los designios de Mr. Trump, esto es, «hacer grande América de nuevo».

El paralelismo del *trumpismo* con los totalitarismos se denota también en un hecho: la ausencia de una doctrina coherente, de un conjunto de prescripciones para la sociedad. Esto es algo muy distinto a la existencia del sustrato teórico del *trumpismo* expuesto con anterioridad. El nacionalsocialismo era una caja de sastre llena de contradicciones; el fascismo italiano era antiliberal, antidemocrático, antimarxista, anticapitalista, anti-intelectual y, hasta el Concordato de Letrán, anticlerical. El éxito de esos dos partidos no se produjo sólo por sus ideas sino por la presencia de un hombre fuerte, en el cual una nación desorientada depositó sus esperanzas y por la identificación de los opositores a sus designios con los enemigos de la nación. Esos movimientos lograron, como Mr. Trump lo ha hecho, aglutinar los miedos y las aspiraciones de una sociedad dañada y con pavor al futuro. Esto explica en buena medida la «simpatía» del presidente electo hacia las formaciones de derecha populista en Europa y hacia la Rusia de Putin y *de facto* su adhesión a una internacional antiliberal similar a la fraguada en el Congreso de Viena de 1815.

De igual modo, existe una marcada hostilidad hacia el capitalismo en el sentido que le dio el liberalismo clásico. Para el sector dominante del *trumpismo*, la economía de mercado se ha visto despojada de sus raíces judeocristianas, lo que se traduce en la consideración de las personas como *commodities*, simples objetos mercantiles sometidos a las leyes de la oferta y de la demanda. Éste es uno de los puntos, comúnmente ignorados, de la interacción entre la doctrina de Trump y la de Putin. El dirigente ruso es percibido como uno de los principales defensores del orden tradicional y del nacionalismo frente a un Occidente cosmopolita, secularizado y corrompido. En el caso de Mr. Trump, esa deriva *putinesca* se refuerza por la naturaleza de su actividad empresarial, estrechamente ligada al *capitalismo de amiguetes* en su dicción española o al *crony capitalism* en la norteamericana.

Otro paralelismo importante del *trumpismo* con los movimientos totalitarios-autoritarios de entreguerras es el uso subli-

mineral de la dialéctica amigo-enemigo acrisolada por Carl Schmitt y la alimentación del resentimiento de un segmento de las clases medias bajas y bajas ante el orden vigente como un medio de movilización y de captación de adeptos. El empobrecimiento relativo de esos sectores de la población no se atribuye ni a la revolución tecnológica que demanda un capital humano cada vez más cualificado ni a factor objetivo alguno. Esa situación es el resultado del egoísmo de las élites —enemigo interno— y de la inmigración-globalización —enemigo externo— que han eliminado puestos de trabajo, han presionado a la baja los salarios de los trabajadores sometidos a la competencia internacional en beneficio de las nuevas clases altas y medias emergentes, y han destruido el hábitat social, el orgullo y la dignidad de las víctimas del capitalismo liberal. Por tanto, basta acabar con ese orden de cosas para que Estados Unidos florezca de nuevo y la clase trabajadora blanca recupere los niveles de vida que disfrutó hace sesenta años. Lo irónico de ese discurso es su semejanza con el empleado por los populismos tercermundistas que desde hace décadas atribuyen al «imperialismo norteamericano» todos sus males.

Ante este panorama, el *trumpismo* sugiere sin demasiadas precisiones, como meta final y deseable de su proyecto, el retorno a una extinta y ficticia Edad de Oro. Esta visión del país hace abstracción de todos los cambios acaecidos a lo largo de las últimas seis décadas para evocar y recrear un idílico país anterior a los derechos civiles, al feminismo, a la globalización, a internet, al final de la Guerra Fría... La fecha de esa retracción histórica es imprecisa. A veces parece referirse a los años cincuenta, otras a los cuarenta e, incluso, a los treinta... Pero ése es el mensaje que legitima su discurso proteccionista y su intervencionismo selectivo en la actividad económica. Estados Unidos ha de cerrarse en sí mismo para restaurar el paraíso perdido. Esta tesis es una de las inspiraciones medulares de su ideario. La nostalgia *trumpiana* del ayer no es ni de derechas ni de izquierdas, sino el intento de convertir en realidad la añoranza de la homogeneidad y la estabilidad de los tiempos pasados profesada por sectores de la población estadounidense. Además, esa arcadia feliz fue el período de mayor poder de Estados Unidos. Sin duda, ese pasado nunca

podrá ser recuperado, pero su formulación goza todavía de una considerable fuerza evocadora. Mr. Trump no es el primer demagogo que triunfa ofreciendo lo imposible. El Duce fascinó a Italia con su proyecto de restaurar el Imperio romano.

Mr. Trump es un heredero y un modernizador de la perversión del lenguaje realizada por las organizaciones totalitarias y por los demagogos autoritarios. La posverdad no es un concepto nuevo. Su padre intelectual fue George Orwell, quien acuñó el vocablo «neolenguaje» para describir el proceso a través del cual el debate político se canaliza mediante apelaciones a emociones y sentimientos, desconectados de los vulgares detalles de la política práctica y por la reiteración de temas de discusión en los cuales las réplicas fácticas son ignoradas. La posverdad se sitúa en las antípodas de la tradicional disputa entre conjeturas y refutaciones competitivas propias del racionalismo crítico liberal. La apariencia de verdad es mucho más importante que la propia verdad. En su praxis, la posverdad es sencillamente el arte de la mentira como instrumento político. El objetivo de esa estrategia es manipular los hechos y descalificar al adversario. El propósito esencial del lenguaje es describir la realidad; la finalidad del neolenguaje es la contraria, crear una realidad virtual acorde a los designios perseguidos por sus emisores y a las fantasías deseadas de sus receptores. Françoise Thom escribió en su brillante libro, *La Langue de Bois*, que la posverdad ha sido creada para «proteger a la ideología de los maliciosos ataques de las cosas reales».¹¹

El antiliberalismo del *trumpismo* se manifiesta con una claridad meridiana en el abandono del concepto de culpa individual y, por tanto, en el rechazo de la secular ética de la responsabilidad personal propia de Occidente. Se desinteresa de lo que los hombres concretos hacen o piensan para aglutinarlos en una ficticia responsabilidad colectiva en la que la autonomía de los seres humanos desaparece. Ésta es una evidente reminiscencia del pensamiento totalitario-autoritario en la que la conducta de las personas se diluye en los grupos a los que se pretende «casti-

11. Thom, F., *La Langue de Bois*, Julliard, 1987.

gar». Ésta es la base de la política migratoria de la administración republicana. En *Tiempos modernos*, Paul Johnson reproduce con un grafismo extraordinario esta posición en los interrogatorios realizados por el número dos de la policía secreta soviética, Martin Latsis, en los compases iniciales de la Revolución rusa: «La primera pregunta que formulamos a la gente es a qué clase pertenece, cuáles son sus orígenes, su crianza, su educación o profesión. La respuesta a esas preguntas decide el destino del acusado». Eso es, adaptado a la formalidad «democrática», el *trumpismo*.¹²

Epílogo para escépticos esperanzados

El acceso de Mr. Trump a la Casa Blanca constituye un fenómeno sin precedentes en la historia de Estados Unidos. La Constitución pretendió crear una presidencia fuerte dentro de un sistema igualmente fuerte de contrapesos institucionales. Desde esta perspectiva, el anhelo de que el país no desemboque en un modelo de corte cesarista dependerá de que el Congreso, los tribunales y la prensa —las ramas que contrapesan el poder presidencial— sean capaces de cumplir la misión que les asigna la Ley de Leyes y la tradición. Históricamente, el Senado y la Cámara de Representantes lograron frenar los abusos expansivos de la presidencia imperial porque conservaron tres poderes vitales: la aprobación de la política internacional, el control de los gastos e ingresos del Gobierno y la supervisión e investigación de la acción del ejecutivo. Por su parte, los medios de comunicación ejercieron una labor de fiscalización y denuncia de los abusos de las prerrogativas presidenciales. El mantenimiento y el ejercicio de esas facultades será esencial para poner las bridas a una forma de presidencia plebiscitaria, en la que Mr. Trump sólo se considera responsable ante los votantes en nombre de una mayoría que, en su opinión, le faculta

12. Johnson, P., *Tiempos modernos: La historia del siglo xx desde 1917 hasta la década de los 90*, Homo Legens, 2007.

durante su mandato para hacer lo que desee. Desde esta perspectiva, el devenir de la Administración Trump es una prueba de fuego para el orden constitucional edificado por los Padres Fundadores.

El papel de las instituciones norteamericanas, su capacidad de frenar la arrogancia del poder presidencial, adquiere una relevancia extraordinaria porque es la última garantía, la salvaguarda final contra el populismo. En los peores momentos de la historia, Estados Unidos ha constituido el bastión de la democracia liberal. Frente al autoritarismo de las potencias centroeuropeas en la Gran Guerra, frente a la amenaza totalitaria nazi-fascista que desembocó en la segunda guerra mundial, frente al peligro soviético en la guerra fría, Estados Unidos representó la esperanza de los hombres y de las mujeres libres. Cuando el populismo se extiende como la peste por Occidente, la adopción por el Gobierno norteamericano de ese ideario es una verdadera tragedia para el mundo. Ésta sí es una muestra del declive de Estados Unidos, el abandono de los ideales que la hicieron la nación más rica y poderosa de la Tierra, un poderoso imán, un espejo para los países que aspiraban a prosperar y a crear sociedades abiertas.

A diferencia de lo ocurrido en el pasado, el futuro de la libertad no se juega fuera de las fronteras norteamericanas, sino dentro de ellas. Mr. Trump puede desnaturalizar el ordenamiento político, social y económico de Estados Unidos y conducir al país hacia un terreno inimaginable para los Padres Fundadores y para las sucesivas generaciones que crearon la nación. En Estados Unidos no se ha producido una mera alternancia de Gobierno, sino que existe el evidente riesgo de que se produzca un cambio de régimen; esto es, la transformación del país en una democracia iliberal, precisamente el peligro que intentaron conjurar los Fundadores. En lo que suceda en Estados Unidos, el mundo libre se juega su porvenir.

Mucha gente considerará extremada la descripción que se realiza del *trumpismo* a lo largo de estas páginas; algunos pensarán que son alarmistas en exceso; otros descontarán que, aunque el diagnóstico sea correcto, el marco institucional de la democracia norteamericana hará imposible la ejecución de los

designios de Mr. Trump. Quizá sea cierto y ojalá lo sea, pero la experiencia muestra que la hipótesis «esto no puede suceder aquí» se ha visto refutada por los hechos en numerosas ocasiones. Por eso, en estos momentos hay que recordar un axioma clásico de Thomas Jefferson: «El precio de la libertad es la eterna vigilancia».